

A PROPÓSITO DE LAS IDEAS LEXICOGRÁFICAS DEL EXILIADO MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ (1851-1922)

Prof. Dr. Manuel Galeote

INTRODUCCIÓN

Como exiliado político español en Francia, el granadino Miguel de Toro y Gómez había llegado a París en mayo de 1882, con treinta y un años de edad. En su trayectoria profesional contaba con una Licenciatura en Filosofía y Letras, estudios de Derecho y experiencia política y periodística. En la portada del Diccionario se indica esta titulación del autor y que, como Oficial de Academia, ejercía de profesor de la Asociación Politécnica de París.

Este andaluz era, a nuestro juicio, un exaltado periodista, que por 1900 renegaba de la política; un espíritu burgués lúcido, crítico y forjado a sí mismo con esfuerzo. Luchó por el liberalismo, la regeneración de España (la reforma socioeconómica, política y educativa; la decadencia cultural, el estatus de la mujer, el oscurantismo de España, la solidaridad social y el humanitarismo, etc.). En algunas entradas del NDEI recoge creencias supersticiosas de la medicina popular. Toro halló en el mundo editorial francés una estabilidad que le permitía cultivar los estudios lingüístico-literarios, la erudición, el ensayo pedagógico, la traducción al español de obras literarias, la elaboración de manuales escolares y textos para lecturas, lo que convertía a Toro en un productor de obras comerciales, con la vista puesta en el horizonte de la exportación (del comercio de libros) a Hispanoamérica, y de Hispanoamérica como ámbito lingüístico. Incluso firmaba con el pseudónimo de P. Gómez “cuanto libro de materia eclesiástica, rezos u oraciones publicaba la casa Garnier” (Lapuya dixit). Se quejaba del espíritu comercial indisimulado de editores que vivían del mercado hispanoamericano y no sabían ni una palabra en español. Ni siquiera el más lacónico de los saludos. Casi veinte años de trabajo editorial para poder alumbrar el NDEI (1901, con una segunda edición en 1904). Pertenece al NTL de la Real Academia Española.

Como artífice de diccionarios debemos enmarcarlo en la tradición francesa de lexicógrafos y en la estela Vicente Salvá, Núñez Taboada o Elías Zerolo. Al lado de E. Zerolo trabajó en el *Diccionario enciclopédico* de los Hnos. Garnier. Cinco años dedicaron a la letra A. Toro era quien mejor conocía las cuestiones gramaticales del “régimen” verbal. Otro colaborador importante del Diccionario fue Mario Roso de Luna, un joven bastante sabio, que colaboró en el *Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*, con el *Diccionario biográfico, geográfico é histórico*.

A don Miguel de Toro le seducían los textos literarios, no olvidemos que era un escritor, y procuraba recurrir a la documentación de las voces en los textos. Hay una lista de autoridades (Bello a Valera, con Alarcón, Fernán Caballero, etc.) A la perspectiva prescriptiva del lexicógrafo se suma la recopilación de voces de las repúblicas hispanoamericanas y de las provincias españolas (las voces dialectales de Andalucía están bien presentes).

Este lexicógrafo purista, atento a la Academia y a las normas gramaticales del español respetaba las variedades lingüísticas pero se inclinaba por el modelo de lengua elegante y literaria, de “lengua nacional” o internacional, de los hablantes cultos.

EL HOMBRE Y EL POLÍTICO

Con motivo de su fallecimiento, F. de Paula Valladar, Director de la revista “La Alhambra” escribió estas palabras:

He aquí algunos datos biográficos del inolvidable amigo: «El doctor Toro y Gómez nació en Loja, provincia de Granada, en el año 1851. Desde corta edad comenzó a demostrar el que había de ser luego ilustre filólogo gran afición por los estudios lingüísticos. Se educó en el colegio de San Felipe y Santiago, en Granada, después en los Escolapios, y finalmente cursó la carrera de Filosofía y Letras y algunos cursos de Derecho. Más tarde fue periodista, figurando en las redacciones de *Los Debates* y *La Correspondencia Ilustrada*, y luego de una corta excursión por los campos de la política, se estableció en París, donde encontró un ambiente muy propicio a sus actividades intelectuales. En la ciudad luz, su nombre se difundió mucho por el Mundo, y allí publicó numerosas obras. Trabajó sin descanso, y sus producciones suman desde entonces cerca de un centenar de volúmenes, entre los que se cuentan diccionarios y obras de erudición y enseñanza.

Durante su estancia en Francia, que duró treinta y dos años, se ocupó en traducir innumerables trabajos de los principales idiomas, y con tal carácter colaboró en las Casas Garnier, Collin y Ollendorff.

Impulsado por sus grandes deseos de conocer Buenos Aires, y a insinuaciones repetidas de distinguidos caballeros argentinos, entre ellos el doctor Cabred, el doctor Toro y Gómez llegó a la capital porteña en el año 1913.

Apenas llegado, el eminente profesor fue encargado de una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras, donde actualmente dictaba las de Gramática histórica e introducción a los estudios literarios y composición, con general aplauso de discípulos y colegas. Era, además, en la actualidad profesor de Latín del Instituto de enseñanza secundaria, y de Gramática histórica también en la Escuela Normal de Profesoras.

Sabio filólogo, maestro venerado, incansable publicista, el doctor Toro y Gómez ha difundido sus obras de enseñanza en los países de Europa y América, en muchos de los cuales circulan y se consideran como fuentes de consulta y libros de estudio, en los que se aprenden los secretos del armonioso idioma de Castilla.

Durante los nueve años que D. Miguel Toro y Gómez ha vivido en Buenos Aires dedicado a la enseñanza, su personalidad intelectual había adquirido gran prestigio y cariñoso renombre, y su cátedra constituía toda una tradición nobilísima en la Facultad de Filosofía, al punto de que su muerte deja en esa institución un gran vacío. Con ella pierde aquella Universidad a uno de sus mejores profesores; el país a un amante de sus hijos y de su cultura y a un maestro, y España a un sabio ilustre».

No sé si Loja ha dedicado algún recuerdo a su insigne hijo. Si hubiese sido ingrata y olvidadiza debe remediar su error. En la lista de sus hombres ilustres han de ocupar preferentes puestos el P. Jiménez Campaña y el Doctor Toro y Gómez” (*La Alhambra: Revista de Letras* XXV, 551, 31 de mayo de 1922, pág. 122-123).

Antes de que nos lo encontremos en París en estos años de fin de siglo y comienzos del s. XX, Toro había colaborado en *Los Debates*, que fundó José Luis Albareda, por medio de quien pudo conocer a don Juan Valera, Pérez Galdós, J. Ortega Munilla, Clarín, etc.

Albareda fue Ministro de Fomento (sus “Discursos y artículos políticos” se publicaron en un volumen “con una carta prólogo de Juan Alvarez de Lorenzana”, Madrid, Establecimiento tipográfico de los sucesores de Rivadeneyra, 1883; ahora disponible online en http://sirio.ua.es/libros/BDerecho/discursos_articulos/index.htm). La carta se publicó en la primera página de “Los dos mundos. Revista de Ciencias, Administración, Bellas Artes

y Política”, 18 de abril de 1883, nº 11). Por un artículo de Ortega Munilla hemos sabido algo más de “Don José Luis Albareda” (sección “Interviús de ultratumba: Hablando con las sombras”, La Esfera, IV, 179, 2 de junio de 1917, pág. 11). Contaba que había consultado un tomo de “Los Debates” (1878-1880) en la Biblioteca Nacional. Aquel “pequeño gran periódico” le había permitido trabajar al lado de Albareda, “mi maestro de los años mozos”, en la Redacción madrileña de la calle de Villanueva. Tenía “talla de gigante, un poco inclinado por el peso de la gran cabeza, de traza romana; sus hombros desiguales, su ademán resuelto”. En sus páginas escribió cuartillas Don Juan Valera, cuando nombraba entre los “cachivaches de la Monarquía” el “cetro” y la “corona”. En un monólogo imaginario, Albareda reconocía que su fortuna había sido rodearse de los mejores: sus redactores se llamaban Valera, Núñez de Arce, Aureliano Linares Rivas, etc. Entre los jóvenes, Toro y Gómez, Ortega Munilla y otros muchachos animosos. A su lado “nació Bécquer”, en *El Contemporáneo*, su primer periódico. Y Pérez Galdós escribió sus novelas iniciales, así como Valera su “Pepita Jiménez”; o Núñez de Arce reunió sus “Gritos del combate”... Fue ministro de Fomento en el primer Gabinete de Sagasta de la Restauración y decretó el reingreso “en sus cátedras de Salmerón y de otros revolucionarios que había desposeído Cánovas”. Fue embajador en París. Había sido amigo en Tablada (Sevilla) de una jovencita, Eugenia de Montijo, luego Emperatriz de los franceses. Napoleón confesó sentir celos del Guadalquivir cuando ella le hablaba de los antiguos amigos de Sevilla. En los mentideros de la corte se burlaban de la versatilidad política de Albareda, aunque fue “siempre liberal, más liberal que los que hoy se lo llaman... La Unión liberal... El Partido fusionista o constitucional... todo era lo mismo... Modos de hacer compatible la situación del país y el amor a las libertades”.

EXILIO

Las crónicas francesas de los periódicos describen la vida de Toro y Gómez junto a Ruiz Zorrilla y demás republicanos que se habían refugiado en París por la Restauración borbónica. Escapó de la PRIMERA GUERRA MUNDIAL, pues se marchó a Buenos Aires, ya con 62 años, donde impartió gramática histórica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en el Instituto Libre de Enseñanza Secundaria y en la Escuela Normal de Maestras. De acuerdo con *Fray mocho, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades* (Volúmenes 114-122, 1914): “Un ilustre sabio español de incógnito en Buenos Aires”, lo cita en su modestísima celda de Buenos Aires, una habitación que alquila al fondo de una sombrerería en la calle Alsina 1408, donde lo visitan los que fueron sus discípulos Domingo Cabred, Carlos Octavio Bunge, Jorge Lavalle Cobo, Manuel Quintana, etc.

LA MUERTE

La prensa española se hizo eco del fallecimiento en Buenos Aires en 1922 del

“sabio escritor y catedrático de aquella Universidad D. Miguel de Toro y Gómez, que honró con su valiosísima colaboración esta revista. Miguel Toro (sic) era granadino, de Loja, y uno de aquellos hombres junto a los cuales estudié y aprendí: Jiménez Campaña y Antonio Jiménez Verdejo, entre ellos... ¡Qué solos nos vamos quedando...! (F. de Paula Valladar, Director de *La Alhambra: Revista de Letras* XXV, Número extraordinario 29, 15 de mayo de 1922, pág. 4).

Todavía con más prolijidad de detalles, el director de la revista granadina, escribía:

“Como dije en mi Crónica del 15 [de mayo de 1922], ha muerto en Buenos Aires, mi queridísimo amigo e ilustre colaborador de esta revista el Dr. Toro y Gómez, sabio y estudiosísimo historiador y crítico que deja a España gran número de libros y estudios de extraordinario interés y valía.

Hace once o doce años que vino a Granada acompañado de su distinguida esposa y de su bella hija. Lo serví de guía siempre, recordando nuestra amistad desde niños y recordando a los que con nosotros comenzaban a estudiar y trabajar por la vida. Proyectaba, cuando vino aquí retirarse con su esposa y su hija a Granada y Loja a las que tanto quería, pero al poco tiempo de regresar a París, donde vivían entonces, perdió a su esposa querida, y cediendo a los deseos de uno de sus hijos que estaba establecido como Ingeniero en Buenos Aires y en excelente posición, emprendió el viaje a América”.

En esta comunicación nos interesa la experiencia lexicográfica, diccionarista, de un escritor, periodista o publicista, que dedicó sus desvelos a escribir diccionarios. Sus numerosas publicaciones en el París finisecular (siglo XIX/XX) nos permiten poner en correlación la producción lexicográfica con sus criterios e ideas lingüísticas.

Nos centraremos en las cuestiones nucleares de su pensamiento lingüístico, con especial énfasis en sus actitudes ante los usos ortográficos, las variedades sociodialectales, los diccionarios enciclopédicos, los diccionarios bilingües y la macroestructura del diccionario, así como su dependencia del DLE de la Real Academia Española. Como es bien sabido, el lexicógrafo granadino culminó todos sus esfuerzos científicos, editoriales y divulgativos en los primeros años del nuevo siglo XX, justo antes de la 1ª G.M.. En aquellos años parisienses, atento a las pautas de E. Zerolo, junto con su hijo Toro y Gisbert y otros colaboradores españoles e hispanoamericanos, prosiguió una labor lingüística de gran envergadura, en una línea de gramática de corte tradicional, con mezcla de criterios lógicos, filosóficos, semánticos, etc.. En el primer tercio del nuevo siglo XX, su hijo, Toro y Gisbert, tomó el relevo de sus inquietudes sobre la lexicografía española fuera de España, la lexicografía académica en España y la importancia de Hispanoamérica en el futuro del español, puesto que París era una atalaya en la que departían con escritores, intelectuales o lingüistas como el propio Rufino J. Cuervo, por poner solo un ejemplo.

DE LOS DICCIONARIOS AL NDEI

Con 20 años en París, cumplidos los 50 años, después de haber trabajado para los Hnos Garnier, publica en A. Colin su NDEI. Ediciones Literarias y Artísticas, París, Librería Paul Ollendorff, 1908, p. 166). Es el primero y el último, es si Diccionario. La primera recensión que hemos hallado en España se debe a Enrique Gómez Carrillo (“París, un diccionario español”, *El Liberal*, 29 de octubre de 1901, pág. 1):

“París, entre otros muchos monopolios, tiene el de los diccionarios españoles. Hojead los catálogos de las seis o siete casas editoriales que aquí trabajan para la exportación, y no podréis menos que considerar con espanto el infinito número de léxcos, vocabularios y enciclopedias que imprimen cada año. Los términos de arte, los sinónimos, las voces técnicas de cada ciencia y de cada oficio, las rimas, las biografías, los barbarismos, las irregularidades de los verbos, los refranes, las palabras peculiares de cada provincia española y de cada República americana, las locuciones latinas, francesas, inglesas; todo lo que humanamente puede repertoriarse, en fin, sirve a los libreros parisienses para formar esos volúmenes

gordos, encuadernados en tela púrpura y cubiertos de rótulos áureos. Naturalmente, los autores de tales obras no se anemian el cerebro componiéndolas. El trabajo de los predecesores en lexicografía les basta. Roque Barcia, Mora, Huerta, Salvá, Cuervo y Olive, sirven para los detalles; en cuanto al fono, se saca siempre con la tijera de la última edición de la Academia. ¡Los diccionarios! Después de haber sido desdeñados por nuestros abuelos, los grandes románticos, fueron adorados por los parnasianos, nuestros padres. -“¿Qué debe leer un poeta nuestro?”, preguntaba Baudelaire a Gautier. Y el divino Teófilo contestábale: -“Diccionarios, caballero”. Heredia dice lo mismo, y agrega: “Declaro altamente que, a mi juicio, la locura de cualquier léxico procura más regocijo que *Los tres mosqueteros*. Pero oid, sobre todo, las frases de Anatole France: “Pensad, dice, que toda el alma de nuestra patria está encerrada en un diccionario. En esas mil y tantas páginas se encuentran el genio y la naturaleza del país, las ideas, las alegrías, los trabajos y los dolores de nuestros padres, así como los nuestros; ahí están los monumentos de la vida pública y privada de todos aquellos que respiraron el aire sagrado que nosotros respiramos ahora. A cada una de estas palabras corresponde una idea, un sentimiento, que fueron la idea, el sentimiento de innumerables multitudes. Y todas estas palabras reunidas constituyen la obra de carne, de sangre y de alma, de la patria y de la humanidad”. Tienen razón los poetas parnasianos al hablar así. Las palabras, en sí mismas, sin expresar, agrupándose en frases, ideas, sentimientos, hechos, las simples voces alineadas en columnas impasibles, tienen, además de una belleza de sonido, un interés de sugestión. Todo lo que los hombres han escrito está en un léxico. Mi docto amigo D. Miguel de Toro y Gómez, latinista notable y humanista a la moderna, enamorado de lo antiguo, no por su antigüedad, sino por su belleza, me decía en otro tiempo: -“Para hacer un buen diccionario se necesita, no solamente saber y estudiar, sino también sentir. Yo haré uno, más tarde, cuando las exigencias de la vida material me permitan consagrar unos cuantos años a tan grata labor. Ya lo verá usted”. Acabo de verlo, en efecto. Con un interés del cual me creía incapaz, lo he hojeado, he leído páginas enteras. ¡Qué diferencia entre esta obra, hecha sin interés, compuesta con amor, y los léxicos infames con los cuales los editores parisienses contribuyen a echar a perder nuestra lengua”

La sección periodística de “Libros nuevos”, La *Época* (14 de noviembre de 1901, pág. 3) reseña la publicación en París del *Diccionario* del “distinguido escritor español [...] que reside en aquella capital hace bastante tiempo y es profesor de la Asociación Politécnica. Tiene el libro un tamaño manuable, no obstante lo cual su contenido es muy importante, pues la impresión es muy nutrida, y el número de páginas, a dos columnas, pasa de mil. [...]” Termina la reseña con una enumeración de los datos técnicos editoriales.

En un artículo de *El Globo* (Madrid, 24 de enero de 1902), titulado “Crónica” y dirigido a Mariano de Cavia, Sánchez Pérez recordaba que Cavia había sido el primero en exponer la conveniencia de publicar “ediciones económicas” del Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española y que lo había solicitado en las páginas de “El Imparcial”. Aquella iniciativa no pudo llevarse a cabo en España sino en el extranjero, gracias al “periodista español” D. Miguel de Toro y Gómez. Mariano Cavia “pensó en lo útil que sería la publicación de un “Diccionario” al alcance de todas las fortunas”, pero Toro y Gómez “hizo algo más: publicó el libro”. Sánchez Pérez celebra su aparición en la Editorial de A. Colin y se alegra por “el lujo, el esmero y la baratura del nuevo léxico” (pág. 4). Declara que no halla deficiencias ni erratas y que viene “ilustrado profusamente” como indica su título: “Nuevo Diccionario enciclopédico ilustrado de la Lengua castellana”. Piensa el autor de la crónica que podría haberse denominado “Diccionario de la Lengua española” y que contiene todas las voces de la 13ª ed de la RAE (1899), más 54.000 palabras añadidas, 1.400 artículos enciclopédicos, 840 grabados, mapas y láminas en color.

Destaca que trae “modismos, palabras técnicas, sinónimos y homónimos, galicismos y barbarismos, irregularidades de los verbos, locuciones extranjeras usuales, y yo no sé cuánta otra cosa. Y todo ello, en excelente papel, muy bien impreso y esmeradamente estampado, solamente cuesta seis francos; que, empleando la frase usada por nuestros vendedores ambulantes,, <<el papel vale más>>. Para terminar, quiero decir a usted que el Diccionario de nuestro distinguido compatriota y colega es también, hasta cierto punto, Diccionario de autoridades. Las definiciones de los vocablos se hallan justificadas, con la autoridad de nuestros clásicos Cervantes, Lope, Calderón, etc., etc., y además con la de escritores contemporáneos, entre cuyos nombres he visto sin sorpresa, pero con gusto, el de usted, y también he visto, aunque sin gusto y con extrañeza, el mío[...] Esto de hallar mi nombre entre los de autoridades, me veda continuar elogiando el libro, del que, en verdad, cuanto bueno se diga es poco” (*Ibid.*)

En la sección bibliográfica del *Bulletin Hispanique* 4,1 (1902), 71 se lee: “Ce dictionnaire, rédigé sur le modèle du Petit Larousse, et qui contient pour la langue tous les mots de la dernière édition du Dictionnaire de l’Académie espagnole, rendra de bons services à toute una classe de lecteurs dans les pays de langue espagnole et aussi chez nous”.

Ya en nuestros días, entre los *Recursos Lingüísticos* del *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, se encuentra a Toro y su Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana, París-Madrid, Librería Armand Colin – Hernando y Cía., 1901.

HIPÓTESIS Y CONCLUSIONES SOBRE EL DICC DE TORO Y GÓMEZ

Desde una perspectiva amplia, el NDEILC se halla inserto en el contexto de su época en cuanto que 1) Zerolo ha fallecido; 2) Toro ya no trabaja para la casa Garnier y 3) su Diccionario ve la luz en otra editorial. Así el DRAE de la Academia (1899) ha sido volcado en este contenedor y se le han añadido otros artículos.

Desde el punto de vista del pensamiento lingüístico de Toro, los criterios de la RAE se ponen en paralelo con los de Salvá, atento al uso de la lengua que realizan las “personas ilustradas” (Toro) y se combinan con los de Bello: para lograr la unidad idiomática por encima de las fronteras la norma peninsular no puede funcionar como referente exclusivo. Por eso Toro y Gómez proyecta e el NDEILC la variante culta y literaria de la lengua: el buen hablar.

Don Miguel de Toro trabajó para aquel Diccionario Nuevo, en el que la macroestructura procede del vocabulario registrado en 1899 por la RAE y sobre ese lienzo se configuran otros grupos de entradas o artículos que tienen su razón de ser en factores múltiples: difusión del español en el mundo, usos americanos, usos regionales peninsulares, neologismos, préstamos, tecnolectos, etc., etc.

Del análisis de los niveles macro y microestructural se derivan los criterios y las ideas que subyacen en el pensamiento lingüístico de Toro y Gómez. Su propio hijo, Toro y Gisbert, trabajó para la RAE como Académico correspondiente en París hasta su fallecimiento. Por tanto, ambos lexicógrafos, padre e hijo no dudan en aprovechar el prestigio del Diccionario de la docta corporación.

Corre de su cuenta toda la información enciclopédica, gramatical, ilustraciones, selección de autoridades y resto de material acopiado.

Digamos que hay un eclecticismo y un afán integrador en el pensamiento lingüístico de Toro: criterios lógicos, formales, semánticos o de otro tipo coexisten como en el pensamiento ling. de Elías Zerolo. Vid. Javier Medina. No se pueden separar las ideas de ambos, pues incluso habían llegado a París el mismo año y vivían en el mismo edificio, uno arriba y otro abajo. Juntos trabajaron en la Ed. Garnier y hasta que no falleció Zerolo, no se publicó el nuevo Diccionario de Toro. Tomó el relevo de la producción lexicográfica, firmó como autor principal pero no publicó más diccionarios, solo reediciones.

BIBLIOGRAFÍA CONOCIDA DE M. DE TORO Y GÓMEZ

1. OBRAS GRAMATICALES

El arte de escribir en veinte lecciones, París, Imp. Paul Brodard, 1907 [reeditado varias veces].

Compendio de gramática castellana, dispuesto con arreglo a la última edición de la gramática de la Real Academia Española, París, Garnier Hermanos, 1885 y 1923.

Gramática de la lengua castellana, según la Academia Española. Novísima edición [...] revisada y [...] aumentada, Novísima edición [...] revisada y [...] aumentada [...] por D. Miguel de Toro Gómez [...], París, Garnier Hermanos, 1884 [y París, 1929].

Grammaire synthétique et pratique de la langue espagnole, exposée d'après un plan nouveau et contenant la théorie de cette langue, avec de nombreux exemples, une série de thèmes en forme de dialogues, des exercices de lecture pour faire des analyses, avec les clefs correspondantes, et des modèles de correspondance commerciale, París, Garnier Frères, 1898; [y París, Garnier Frères, 1919].

Método de lengua castellana, según el método Brunot y Bony, Primer[-Segundo] libro, París, A. Colin, 1911.

Prontuario de ortografía de la lengua castellana, dispuesto en preguntas y respuestas según la Real Academia Española, por D. Miguel de Toro y Gómez [...], París, Garnier Hermanos, 1889.

2. OBRAS LEXICOGRÁFICAS

“Los americanismos y el diccionario”, *La Prensa*, Buenos Aires, 6 de agosto de 1939.

Diccionario de la lengua castellana, extractado del *Diccionario enciclopédico* compuesto por E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza y otros escritores españoles y americanos, París, Garnier Hermanos, 1897.

Diccionario enciclopédico de la lengua castellana, compuesto por E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, y otros escritores españoles y americanos, París, Garnier, 1897-1900, 2 vols. [Con ejemplos, régimen, sinónimos, etc. *Suplemento*, 1905, H. Serís, *op. cit.*, p. 413: 12575].

Nouveau dictionnaire espagnol-français, París, A. Colin, 1905.

Novísimo diccionario español-latino de Valbuena. Nueva edición, revisada, corregida y

aumentada, París, Garnier Hermanos, 1897.

Novísimo diccionario latino-español de V. Salvá [...] revisado [...] y aumentado con más de 30.000 acepciones y frases nuevas, por M. de Toro y Gómez, París, Garnier Hermanos, 1895.

Nuevo Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana, con la colaboración, para el *Diccionario biográfico, geográfico é histórico*, de Mario Roso de Luna, París, 1901 [reeditado en 1908 y 1912].

Nuevo diccionario francés-español y español-francés, de V. Salvá, aumentado por M. de Toro y Gómez, París, 1912.

Nuevo diccionario francés-español y español-francés [...] edición revisada y corregida, y aumentada con un *Suplemento*:
Nouveau dictionnaire espagnol-français, París, A. Colin, 1937 [La 10ª edición se publicó en 1906].

3. OTRAS OBRAS

Tratados de ortología y ortografía de la lengua castellana, por José Manuel Marroquín [...] Novísima edición revisada [...] por D. Miguel de Toro y Gómez [...], París, Garnier Hermanos, 1885.

Memoria acerca de las Escuelas de Comercio, Industria y Agricultura en Francia y en Inglaterra, Madrid, Ulpiano Gómez y Pérez, 1887.

El Nuevo mosaico epistolar literario, ordenado para el ejercicio de lectura de manuscritos en las escuelas, coleccionado por D. Miguel de Toro y Gómez, ... Colección de notables autógrafos de distinguidos publicistas, literatos, catedráticos, comerciantes..., París, Garnier Hermanos, 1883.

Por la cultura y por la raza, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1908.

R. Villalobos, *Memorias del corazón, tentativas poéticas*, con introducción por Miguel de Toro y Gómez, París, Garnier Hermanos, 1890.

Toro y Gómez tradujo al español las obras de Romain Rolland (1866- 1944) y de otros escritores como François-René Chateaubriand, Johann Christopher Schmid (*Chanoine*), Jean Lombard, Ermance Dufaux de La Jonchère, Charles-François Lhomond, Louis-François Raban, Alphonse-Marie-Louis Prat de Lamartine o Marcel Dhany, así como una *Historia de la literatura francesa (900-1900)*, de Léo Claretie. Al mismo tiempo, por razones que parecen de carácter meramente comercial, publicó algunos libros escolares, como *La Tierra (lecciones de cosas)*, *El trabajo manual* y *Mi primer libro*, con nociones de aritmética, geometría, historia, fotografía, etc. También le debemos a Toro y Gómez varios ensayos, prólogos y ediciones anotadas de las fábulas de Samaniego, del *Lazarillo de Tormes* (Garnier, 1884) o de *El Quijote*, comentado por D. Clemencín (P. Ollendorff, 1910-1914).